

es muy distinto: reconoce que esta vez estamos de acuerdo en cuanto a los principios, pero me lanza las acusaciones pueriles y calumniosas que le soplan al oído, sin aducir absolutamente ninguna prueba. Esto se llama agacharse para quedar a la altura del rebaño que va tras de uno.

Dejando aparte las dictaduras—que son cosa enteramente diferente y de las cuales la más completa ha sido la de don Francisco Aguilar Barquero—, sólo tres gobiernos despóticos hemos presenciado don Ricardo y yo, por cierto que de un despotismo muy dulce, si se le compara con los sufridos por otras naciones: 1.º, el de don Tomás Guardia, que yo debí simplemente aguantar con indignación, según convenía a mis años de niñez. 2.º, el de don Rafael Iglesias, que combatí como pude, sin capitular o transigir cual lo hizo al cabo don Ricardo amparándose a su doctrina de que LO IMPORTANTE ES QUE EL PODER CAMBIE DE MANOS, en contra de la que yo sostenía en *El Figaro*, de que lo importante es el cambio de principios y de prácticas. 3.º, el de don Federico Tinoco, pro-